

LABOR PSICOANALITICA: ¿INTERPRETAR? ¿CONSTRUIR? ¿RECONSTRUIR? ¿O LABOR DE ANALISIS?

* Ricardo O. Moscone

Si solamente seguimos las ideas desarrolladas por Freud en *Construcciones en el análisis*²⁴ (p. 576), los interrogantes que están planteados en nuestro título pueden responderse rápidamente y sin duda alguna. Pero evitaré las respuestas rápidas que cierren caminos, y teniendo presente que el pensamiento freudiano no es unívoco revisaré el tema de la labor psicoanalítica con especial referencia a dos líneas de conceptualización que encuentro en el Freud de los últimos años: una de ellas es la que predomina en aquellos artículos de 1937 clásicamente rotulados como técnicos. Otra, divergente, es la iniciada en los trabajos del descubrimiento del psicoanálisis, expresión misma de una labor psicoanalítica (autoanálisis), se continúa a través de toda su obra y culmina en ese artículo que, aunque clásicamente se lo califica como de análisis aplicado, lo considero como la fase final de su autoanálisis: *Moisés y el monoteísmo*²⁵.

La labor psicoanalítica

A través de vencer las propias resistencias determinadas por la represión, interpretando o dando un significado —que para el Yo signifique algo— a las expresiones de la sexualidad que, por el hecho de estar en otro lenguaje, le daban a entender que eran algo de distinta cualidad, aunque también pertenecientes al individuo y de quien hasta ahora se lo había marginado; así Freud logró el nacimiento del

* Dirección: Cnel. Díaz 1782, 4º B, (1425) Capital Federal, R. Argentina.

psicoanálisis. La ciencia que incluye entre sus hipótesis fundamentales lo inconsciente, la sexualidad y el complejo de Edipo.

A partir de entonces sabemos que el objetivo de la labor psicoanalítica es: "deshacer todas las represiones"⁶; y esto que fue repetido por Freud muchas veces a lo largo de toda su obra⁶⁻¹¹⁻¹²⁻²³ es la guía que nos mantendrá siempre dentro del terreno psicoanalítico más firme. En *Construcciones en el análisis* Freud también parte de este mismo principio: "Que abandone sus represiones"²⁴ (p. 573), pero la existencia de otra orientación le hace hacer allí una equivalencia que determina un alejamiento del camino trazado inicialmente. Esto se encuentra cuando Freud dice: "Sabemos que sus actuales síntomas e inhibiciones son consecuencia de represiones de esta clase; es decir que son sustitutos de las cosas que ha olvidado"²⁴ (p. 573). Ubicó al síntoma como una sustitución de lo olvidado, convirtiéndolo en el motivo de la represión, y con esto desplaza la meta de la labor psicoanalítica a la obtención del recuerdo. Y una de sus primeras enseñanzas fue la de que la falla en la memoria se origina por represión. El síntoma y la inhibición están determinados por la misma causa que provoca el olvido. Tener como objetivo recuperar el recuerdo sin que medie una tarea de elaboración del Yo represor, nos dejará una tarea incompleta y casi vana desde el punto de vista psicoanalítico que sostengo en este trabajo. Aquellos que aparezcan como "recuerdos" en estas circunstancias serán "recuerdos encubridores", producidos con la misma participación del Yo represor que permanece intacto en este tipo de proceso.

El recuerdo como tal es importante en los artículos técnicos de 1937, en *Análisis terminable e interminable*, cuando Freud dice que al intimar a su paciente con la fecha de fin de análisis tenía como objetivo que éste produjese "todos los recuerdos y descubrir todas las relaciones que parecían necesarias para la comprensión de su neurosis"²³ (p. 541). Este es un recurso sugestivo para vencer la resistencia

Así se obtuvieron todos los recuerdos, pero quedó la repetición de la transferencia, y esto que no pudo ser desestructurado y que es la repetición de la relación con los "padres", nos indica la persistencia del mecanismo represivo. Sin que el paciente "deshaga todas las represiones"⁶ se podrán conseguir explicaciones, pero éstas no tendrán efecto psicoanalítico alguno. Una línea de trabajo que ni encuentra ni resuelve conflictos, a la que califico de unicista, ya que se da sólo dentro de una instancia (el Yo), conserva esta cualidad perteneciente a la psicología prepsicoanalítica. Y esta línea que no encuentra conflicto, y que por lo tanto no ofrece salida, conduce a expresiones como: "Las delusiones de los pacientes se aparecen como los equivalentes de las construcciones que se edifican en el curso de un tratamiento psicoanalítico: intentos de explicación y de curación"²⁴ (p. 582). Este juicio incluye varias ideas, pero en su contenido

predomina la franca desvalorización de la tarea psicoanalítica; ya que la rebaja al nivel de una explicación o le otorga un valor semejante al del vano intento de curación espontáneo de una psicosis. Sabemos que, muy por el contrario, existen marcadas diferencias entre el modo de operar del psicoanálisis y el de todas las otras técnicas psicoterápicas.

Entre las varias ideas que dije que contenía la frase últimamente citada, destacaré la de que ésta también expresa que una explicación, "una organización coherente"¹⁵ (p. 18) como los delirios son el espontáneo impulso curativo del desorganizado Yo. Schreber luego de escribir su libro, expresión del logro de una coherencia y de un objetivo, estaba mejor que antes, en los momentos de franca disgregación psicótica; llegó a conseguir su alta. Esto indica que al volverse a identificar con un ideal narcisista, vuelve a recuperar el objeto que le daba identidad. Perderlo fue perder su Yo, fue desorganizarse, recuperarlo es volver a ser (poseer) una "organización coherente de sus procesos psíquicos, a los que consideramos su Yo"¹⁵ (p. 18).

En la psicosis el costo que tiene esta espontánea reorganización es la pérdida de la sexualidad para el Yo, que precisamente por no poder tolerarla se disgregó; entonces la reconstrucción se hace mediante la pérdida de la representación de cosa, es decir de la sexualidad. El psicoanálisis no tiene nada que ver con procesos semejantes a éste y, muy por el contrario, se encargará de señalar cómo el Yo, esa "organización coherente", es el que reprime la sexualidad por serle "traumática"; tratará de que en su reconstrucción el Yo la rescate, la pueda integrar. Recordemos que, precisamente por incluir la sexualidad en las teorías de las neurosis es que Freud escandalizó a una parte de la sociedad.

El psicoanalista es el mismo, pero no es la misma tarea la que se puede hacer con un neurótico, que con un psicótico. Este necesita reorganizar su Yo, necesita "padres"; tomará al psicoanalista como a cualquier otro tipo de terapeuta, pero sólo el psicoanalista sabrá llevar este proceso para poder llegar al "puro oro psicoanalítico". Y es necesario saber advertir cuándo un paciente necesita "padres", para que no vuelva a repetir su mala experiencia de carecer de él.

Si "la doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre el que descansa el psicoanálisis, su pieza más esencial"¹⁰, revisemos este concepto para tener un sólido punto de partida.

Inconscientización y represión

Trataré de desarrollar una hipótesis psicoanalítica, una construcción, que nos dé una comprensión del fenómeno que descubrió el mismo psicoanálisis: lo inconsciente y lo que en su patología se expresa como la represión.

Al finalizar la etapa fálica, coincidentemente con la finalización del complejo de Edipo, ocurre como condición del establecimiento del Yo la necesaria identificación con una imagen virtual, con un ideal narcisista parental, que también otorga o es la identidad. En esta circunstancia, la de la adquisición del Yo, ocurre un significativo cambio en el sujeto, ya que esto provoca en su desarrollo un escalón cualitativo importantísimo, porque luego de este acontecimiento, "acción psíquica" ⁹ (p. 74), queda una estructura, un aparato psíquico muy diferente al anterior. Tanto que la latencia, tan específicamente humana, se produce porque este nuevo Yo que comienza a regir, a dar coherencia desde ahora al sujeto, es capaz de poner un prolongado paréntesis en el desarrollo sexual. Paralizó las manifestaciones sexuales de la etapa fálica al incorporar al "padre", al ideal narcisista referido a él, es decir al Yo y sus subestructuras que en él diferenciamos (Ideal del Yo, Superyó); se dio fin al complejo de Edipo, así una parte importante de un proceso fotográfico está ya realizado.

"Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al Yo; el Yo tiene que ser desarrollado" ⁹ (p. 74).

Observando a la homosexualidad encontramos otra prueba más acerca de la cualidad de neoadquisición que tiene el Yo. Parece indudable que una identificación formadora de un nuevo Yo se incorporó sobre un cuerpo cuya orientación biológica es distinta cuando la identificación con una mujer se opone tan duramente a la determinación sexual biológica, que el Yo del sujeto decide una operación emasculatoria. Ocurrió algo que no tiene nada que ver con una secuencia, la identificación establecida descarta la idea de un supuesto devenir gradual, ya que ésta tiene la capacidad de pervertir, del mismo modo que durante la latencia tiene la capacidad de inhibir la sexualidad. Esta identificación es la que da otra (per)versión.

Y esta identificación necesita para establecerse una particular estructura psicológica que, como lo esbozó Freud algunas veces, posee las características de los sistemas óptico-especulares-fotográficos; hay "lentes" que son quienes forman las "imágenes virtuales" ⁵ (p. 529), las que están sustentadas en un mutuo enamoramiento. El padre busca reencontrar ese ideal que había perdido y el hijo necesita de esa "imagen virtual" y de ese amor. Esta estructura psicológica social sigue el modelo del mito de Narciso, el padre ve y ama en su hijo (agua) lo que él mismo refleja; y el hijo, en la medida en que puede reflejar esa imagen virtual, recibe amor y se va configurando al "fijarla" en sí. Incorporada será la "lente" que observará tanto a él mismo como al mundo; y al ser (tener) una lente organizará y dará sentido a sus percepciones y acciones. Así se incorporó la "lente", el Yo en un determinado momento evolutivo, en el momento en que las historias y las explicaciones que el niño escuche de aquellas personas para

quienes él es importante (como un hijo), son importantes; porque contribuyen a formar esa imagen virtual y además este Yo está ávido de explicaciones y razonamientos, "organizaciones coherentes"; ya que éstas son las primeras concepciones del mundo, las que prestan su organización al incipiente Yo, el que está tratando de ser (tener) una organización en sus percepciones: "El Yo es una organización"²⁰ (p. 94). Al tener una organización el Yo es y es, a su vez, la forma de organizarlas. Así concebimos el origen del Yo-consciencia, el que observa y se observa, lo que porta el ideal o mejor está constituido por el ideal mismo. Es por esto que apenas constituido el Yo, en su misma constitución tiene ante sí la ardua tarea de que para ser y para recibir su propio amor tiene que hacer para hacerse; es lo de: "El sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser"¹⁵ (p. 55); es también lo de la asociación de Freud: "Apenas hemos subido y ya le debemos"⁵ (p. 620), lo que entiendo como una protesta del Yo (el malestar por la cultura) que recién constituido ya debe pagar al cochero. Esta última, clara imagen de quien comanda el trayecto vital. El Yo conservó esa característica originaria de tener que crear, él mismo, la imagen virtual para ser y para recibir amor. Deberá hacer para ser y como condición de que le llegue su amor: en el artista creador encontramos manifestada en su más extrema expresión esta característica psicológica.

Se adquirió algo nuevo, el Yo, herencia del complejo de Edipo, heredado del "padre". Si nos preguntamos por la prehistoria de este Yo, es decir por qué ocurría antes de la aparición de él, tendremos que regresar desde el "triumfo de la espiritualidad"²⁵ (p. 267) que trajo la recreación del padre en el Yo, a la etapa de la sensualidad en la que reinaba (matriarcado) la madre. "Al cuidar el cuerpo del niño se convierte en su primera seductora"²⁶ (p. 1407). La sexualidad es la expresión de las experiencias erógenas del hijo con su madre. Si el Yo se originó sobre la base de "imágenes virtuales", la sexualidad está originada en experiencias "reales", sensuales de un cuerpo con otro, son concretas y dejan en la sexualidad la marca indeleble de esa mujer, a la que después el Yo considerará como a su madre cuando necesite desarrollarse y encuentre en ella el reflejo del ideal narcisista parental.

Esta etapa prehistórica, pregenital o preedípica es la previa a la acción psíquica que incorpora el Yo, aquella "lente" coherente que observará que al establecerse sentirá como ajeno a él todas éstas no figurables experiencias sensuales sobre las que se asienta. En mucho la forma de quedar estructurado dependerá de la calidad de las experiencias de la sensualidad, ya estén constituidas por experiencias de dolor (instinto de muerte) o por el placer (instinto de vida).

De este modo construimos un aparato psíquico donde atribuimos al nódulo del Yo-consciencia el origen en una imagen virtual, ideal, encontrada o recibida de los padres, dado su origen externo, ya sea

porque proviene de los padres o porque se establece posteriormente y con cualidades tan diferentes a las de la etapa sensual (las de su prehistoria); es y/o esta estructura, al ser la observante, la adjudicante, la que puede decir no a lo que está sustentándola. Esta considera ajeno y al comienzo no tiene noticias de su basamento sensual, lo que será para ella lo inconsciente, la sexualidad, la erogeneidad que quedó de aquellas experiencias con la mujer que queda presente en todo cuerpo.

Son dos estructuras con distintas leyes o, dicho de otro modo, la sensualidad no tiene nada que ver con el orden razonado del Yo coherente.

Son muchas las veces que Freud nos señala, a más de recalcar que son producto de etapas evolutivas diferentes, que poseen distintas cualidades ⁸⁻¹¹⁻¹⁹⁻²², pero citaré sólo una: "Como es sabido, esta composición consiste en una soldadura. Originariamente la acción era una empresa autoerótica pura destinada a ganar placer de un determinado lugar del cuerpo, que llamamos erógeno. Más tarde esa acción se fusionó con una representación-deseo tomado del círculo de amor de objeto" ⁸.

Las distintas cualidades hacen que los sistemas integrados tengan una aparente barrera infranqueable directamente, hipotéticamente, establecida en el momento de la incorporación del Yo y con lo que quedaría constituido el aparato psíquico. Recordemos que Freud estableció que: "La representación inconsciente como tal es del todo incapaz de ingresar al preconscious, y sólo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representación inofensiva que ya pertenezca al preconscious, transfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella" ⁵ (p. 554). Esto nos delinea un Yo (conscious-preconscious) que indirectamente toma noticias de su propio basamento erógeno (sexualidad, mujer, lo inconsciente).

Al finalizar el complejo de Edipo el padre se hace "inmortal" al tomar vida en el Yo del hijo, o éste a través de una imagen virtual atribuida al padre e identificarse con ella adquiere un Yo que al persistir idéntico a sí mismo adquiere identidad, la que es una especie de logro de inmortalidad del Yo. Tras este Yo, "padre", queda como "sepultada" la sexualidad del hijo. Estoy parafraseando la traducción de Etcheverry del título del artículo de Freud *El sepultamiento del complejo de Edipo* ¹⁶, pero fundamentalmente siguiendo las enseñanzas del trabajo psicoanalítico de Freud en *La interpretación de los sueños*, donde realiza por primera vez el descubrimiento de la sexualidad del niño que el (los) padres no tenía consciente. O, para decirlo de otro modo, recordó al Yo la sexualidad que tenía olvidada y que es referida a la infancia; es decir al niño que tuvo experiencias de amor con su madre, antes del progreso hacia la espiritualidad que marcó la incorporación del padre-Yo. Precisamente al comienzo del capítulo VII

de ese libro nos relata un sueño que nos ofrece una imagen por lo demás clara. Me refiero al sueño del niño muerto-ardiendo⁵ (p. 504). El niño "muerto" se levanta y despierta al padre tocándole el hombro y diciéndole: "Padre, ¿entonces no ves que me abraso?" Si el Yo (padre) "olvidó" su sexualidad, ésta se presentará a él reclamándole.

"Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, no es tan desconocido en su naturaleza como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la consciencia de manera tan incompleta, como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales"⁵ (p. 600). Podemos parafrasear esto diciendo que lo inconsciente, aunque nacido del contacto real con el mundo exterior, es tan incompletamente conocido por el Yo nacido de imágenes virtuales, que le llega a él como una percepción más y que este Yo-consciencia percibirá lo que realmente percibe, tanto del mundo exterior como del interior, en la medida en que la imagen virtual que él es no le impida ver.

En la vigilia el "padre" del sueño podía considerar a su hijo como "muerto", pero al dormir, cuando las neoadquisiciones (el Yo) se desinvisten y es el cuerpo erógenamente marcado el que es reinvestido, toma vida lo aparentemente muerto. Freud escuchó y supo interpretar la sexualidad expresada nuctameralmente en un lenguaje que no tiene parecido ninguno con la coherencia de las palabras, es la sexualidad inconsciente, oculta para la sublimada y fría adquisición realizada indirectamente, a través de imágenes virtuales. Freud advirtió que no estaba muerta: "Sí, está viva"⁵ (p. 514) nos dice en el mismo capítulo del libro ya citado, un poco más adelante cuando relata un recuerdo de su adolescencia. "Es algo que se halla todavía vivo"²⁴ (p. 575) vuelve a repetir muchos años después. Advirtió la sexualidad que el Yo no percibía y junto a ella tal vez una imagen sensorial que es catalogada como un recuerdo de la infancia. Digo tal vez porque estos recuerdos aluden a experiencias nunca "recordables"; porque están "escritas" de otra forma, tienen otras leyes, porque carecen de figura y fundamentalmente porque ocurrieron antes de que este Yo que observa se hubiese constituido; el que nos cuenta la historia no estaba, lo previo a él pertenecerá a la prehistoria, es decir a lo acontecido antes de la aparición del hombre (Yo) sobre la tierra (cuerpo). Con el desarrollo el Yo irá "recordando", integrando la sexualidad que inicialmente le es ajena, en un proceso prolongado y lento.

Espero haber descrito con claridad una hipótesis de lo que entiendo que es el proceso normal en el que se forma el Yo, estableciéndose lo que para él es su inconsciente (la sexualidad) con la finalización del complejo de Edipo. Trataré ahora de abordar la versión patológica de este proceso; me refiero a lo que ocurre cuando la sexualidad es reprimida.

Recordemos los contenidos de la película "Alien, el octavo pasajero". Transcurre durante el viaje de regreso a la Tierra de una nave espacial que transporta un pesado cargamento. Los tripulantes vienen dormidos en compartimientos especiales que tienen la finalidad de producir y proteger el sueño; la nave es dirigida entonces por una computadora. Esta recibe, de un planeta cercano al punto del espacio que atraviesan, mensajes revelando la existencia de vida por lo que despierta a los tripulantes. Ya en el planeta e investigándolo, uno de ellos al tocar un objeto ovoide que en su superficie se asemeja a una vulva, queda parasitado por un animal desconocido y al que podríamos considerar inmortal, ya que no tienen forma de matarlo. Luego éste se presenta ante ellos tras una especie de parto que se produce en el tripulante que había sido parasitado; desde entonces se introduce en la nave, provocando con su presencia múltiples peripecias, hasta que finalmente es expulsado al espacio por la única sobreviviente. Esta película expresa en forma simbólica los terrores que trae el despertar de la sexualidad en la adolescencia: tenemos la salida del letargo-latencia a través del mensaje de la presencia de vida (sexualidad); la parasitación luego del contacto con el objeto semejante a una vulva, representaría la masturbación seguida de la fantasía de embarazo y parto. Pero lo que con más amplitud destaca este film es el terror ante este terrible "monstruo". Dejamos por el momento la pregunta: ¿por qué la sexualidad será el terrible monstruo que debe ser expulsado de la nave (del Yo) en un proceso semejante a la represión?

En el capítulo II de *Análisis terminable e interminable* Freud nos relata el caso de la histérica "inválida"²³ (p. 545); la solterona que se curó de la abasia, pero que no pudo encaminarse hacia la exogamia, ya que siguió siempre ligada a la familia y a su infortunio, al que hacía suyo. La imagen final es por lo demás clara: se enamoró (encontró su ideal narcisista) de quien la castra, ya que se enamoró del cirujano que le extirpó el útero y esto es una manifestación del enamoramiento con el padre, a quien se entrega totalmente desexualizada. Con este caso también podemos dejar un interrogante semejante al anterior: ¿por qué la sexualidad es expulsada por el Yo (ideal narcisista) tal como si fuese un temido monstruo?

Algo similar ocurre con el ideal narcisista —padre— al que el hijo le reclama preguntándole por qué no ve su excitación ("me abra-so") en el sueño del niño "muerto-ardiendo", por qué en cierta manera lo expulsó.

De la complejidad de elementos determinantes de la represión tomaré aquellos que considero más importantes. En primer lugar están las experiencias de las prehistóricas, las preedípicas, aquellas sensuales vivencias que quedarán en los casos extremos inscritas como placer y como dolor³, tienen una importancia tal en el proceso que entiendo qué es lo que Freud quiso subrayar cuando dijo: "Se corre

fácilmente el peligro de sobrestimar el papel del Superyó en la represión”²⁰ (p. 90) para que no se olvidase la importancia de la época previa a la instauración del Yo-Superyó. Y esta misma línea es la que encuentro expresada toda vez que está puesto el acento en la cantidad, porque como antes lo he mencionado, estas experiencias se presentan al Yo con predominio de su cantidad antes que en su representabilidad —figurabilidad—. Esta línea es la que comenzaría en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, atravesaría toda la obra de Freud y finalizaría con los dos artículos técnicos de 1937.

Es la línea que recalca el factor “traumático”, es decir una vivencia intensa y dolorosa, temida para el Yo que cuando se instale le encontrará otorgándole alguna configuración particular. Y este factor es inevitablemente hallado en algunos de los pasos de la labor psicoanalítica. Si esta vivencia, en lugar de haber sido un placer resultante del contacto con el objeto cuando se hubo requerido de él, está presente como un dolor (una quemadura) provocado por la falta de un estímulo que pusiera fin a ese otro estímulo interno y que deviene doloroso; entonces la sexualidad será percibida como el “monstruo” temido y que es necesario expulsar.

Cuando el Yo se constituya tenderá a excluir de sí —reprimir— la sexualidad, dándose a una total entrega a la “espiritualidad” con la condena consiguiente de la sensualidad, una huida del dolor que se evoca con la mujer, con la sexualidad. Si la época de la sensualidad fue dolorosa, entonces la entrada en la latencia significó el encuentro de una aliviadora calma que no se querrá abandonar jamás: ¿el padre la quiere totalmente desexualizada para él? ¿O ella quiere quitar su sexualidad para ser sólo el “padre”, para ser sólo Yo y sin ningún estímulo, ya que ellos son sinónimos de dolor? Se decretó la muerte del par niño-madre, con el pseudo-triunfo de la espiritualidad represiva.

Si las experiencias sensuales de la madre dejan su impronta directamente expresadas en la sexualidad, las del padre lo hacen en el Yo. Son distintos los resultados si el hijo tiene por parte del padre tolerancia en su surgimiento que si se impone sin tolerancia ninguna ante algún esbozo de variabilidad. Es distinto si un padre confunde su vida con la de su hijo, al que considera como algo que le pertenece. No será lo mismo si el Yo se identificó con alguien enamorado de ideales que temía a la sexualidad. Y sabemos que hay padres que temen a la sexualidad que les presentan sus hijos y es por esto que tratan de acallarla en ellos. También hay padres que reciben con la sexualidad adolescente de sus hijos un duro golpe, el que les marca el paso del tiempo que hasta entonces habían negado. El padre interviene activamente en el proceso de la sexualidad del hijo; si no puede renunciar a él, si lo narcotiza con su amor narcisista, le impedirá la salida exogámica.

Y en el momento del surgimiento de la sexualidad madura de la adolescencia, o en el análisis de un síntoma, parece quedar sólo un simple juego entre dos fuerzas: o en otro cuerpo se encuentra la atracción necesaria, o el cuerpo sensual al ser representante de dolor es evitado tendiéndose a persistir en la endogamia asexual.

¿Y la represión primitiva?; para este esquema no ha sido necesaria su intervención. Y se puede suponer que apoyarse en ella no contribuiría al despliegue de toda la gama de factores intervinientes en la estructuración del psiquismo y, por ende, de la represión. Esto se realiza tan complejamente y como vimos, durante un transcurso de tiempo que podemos considerar como prolongado. Una represión fundante o represora es la resultante y no el origen; atribuirle cualidad originaria a un hipotético momento es caer en una simplificación y en un equívoco.

Lo que es característico de la latencia es continuado, en cierta forma, en la neurosis, ésta no consigue salir de su letargo; la sexualidad por estar hecha de dolor, se convierte en un síntoma y éste conduce a la búsqueda de ayuda. Por ejemplo una mujer que no puede tener hijos busca en otra mujer (obstetra, psicoterapeuta, médica) a otra madre con la que modificará, ya que será la opuesta a aquella con la cual se identificó y que le impide tener hijos. Un impotente buscará al padre potente que le señale el camino hasta la deseada mujer. La lista podría ser larga; sabemos que en casi todos los casos, todos los recursos dan resultados exitosos, independientemente del método empleado. Pero lo que me interesa destacar es la marcada diferencia que existe entre cualquier tipo de ayuda y la labor psicoanalítica: ésta tiene como objetivo el deshacer las represiones, haciendo conscientes cuáles fueron los procesos mediante los que llegó a instaurarse: ¿cómo es la estructura de su Yo? ¿En qué identificación se sostiene? ¿Cuál es la historia de su ideal narcisista y qué relaciones guardó con la sexualidad? ¿Cómo la reprime bajo miles de sutiles formas? ¿Cómo se está impidiendo amar y así se enferma?: “Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar”⁹ (p. 82). Un fuerte egoísmo enferma y se comienza a sanar cuando el egoísmo empieza a ser herido.

“Heads I win, tails you lose” *

Debe haber existido un motivo lo suficientemente importante para que la irónica opinión del científico citado en *Construcciones en el análisis*²⁴ (p. 575) acerca de la técnica psicoanalítica movilizara a Freud al punto de provocar la escritura del artículo. Debió haberle

* “Si es cara, gano yo; si es cruz, usted pierde”.

molestado sensiblemente, y tal vez por esto no tuvo la misma actitud que con tan claros ejemplos nos enseñó en *Una dificultad del psicoanálisis*¹³ y en *Las resistencias contra el psicoanálisis*¹⁸ (p. 73) al analizar las dificultades afectivas que provocan sentimientos de incredulidad hacia el psicoanálisis. Seguramente también por esto es que Freud en su respuesta recordó el modelo de aquella construcción que le confirmó su madre, la que le indicó que estaba en buen camino y que le asombró tanto a él mismo. Me refiero a la construcción inicial del psicoanálisis, la que hizo con el nacimiento del hermano² (pp. 780 y 782) y directamente vinculada al descubrimiento del psicoanálisis.

Supongo también que la molestia por la ironía y la línea de pensamiento predominantemente económica de los artículos técnicos de 1937, impidieron que Freud advirtiera la coincidencia con el psicoanálisis que la irónica frase contiene; ya que como ella misma lo indica, el Yo del analizado siempre pierde, pudiendo aseverarse que esto ocurre en todo proceso psicoanalítico en el que la tarea incidió penetrantemente y, por ende, fue efectivo. La identificación con el ideal narcisista parental que ahora es "Su majestad el Yo"⁷, heredero de "His Majesty the Baby"⁹ (p. 88), establecido de modo que provocó y provoca la represión de la sexualidad debe conmoverse y "perder". Ese Yo "perderá" siempre, obteniendo el triunfo el Ello y no el psicoanálisis o el psicoanalista, como lo pueden entender algunos pacientes tales como los que Freud describió y que tienen "sueños de deseo contrario"⁵ (p. 174). Esta es la herida narcisista que la labor psicoanalítica inflige al orgulloso Yo represor. Freud lo había descrito pero lo refirió a la humanidad en vez de al individuo. Es la "grave afrenta contra el amor propio humano"¹⁸ (p. 80). Recordemos lo que había escrito tan explícitamente: "No se ha introducido en ti nada extraño, una parte de tu propia vida anímica se ha sustraído a tu conocimiento y a la soberanía de tu voluntad"¹³ y aclara más adelante: "Has sobrestimado tus fuerzas creyendo que podías hacer lo que quisieras con tus instintos sexuales, sin tener en cuenta tus propias tendencias; el Yo no es dueño y señor en su propia casa. Y representa el tercer agravio inferido a nuestro amor propio; un agravio psicológico".

El agravio parece tener una relación directa con la intensidad de la represión; también podríamos asemejar a éste con el sentimiento que puede llegar a despertar el nacimiento de un hermano.

Una paciente sueña que está en un teatro escuchando una clase que dicta el profesor de lógica de un curso que actualmente sigue. Se preocupa de no tener los mismos conocimientos que sus compañeros y le queda un sentimiento de inferioridad. Está en un quinto piso y debe bajar, pasando por un jardín a un atelier de pintura. Aparece un perro al que teme. Las asociaciones: el teatro, con un lugar adonde concurrían sus padres a ver espectáculos jerarquizados; el conocimiento que el padre poseía de estos espectáculos le despertaba un senti-

miento de inferioridad; el quinto piso, con el mismo del analista; el jardín con un curso de pintura, uno de los varios a los que era enviado en su infancia por sus padres a disgusto de él. Este es un ejemplo de cómo al ocurrir la necesaria identificación con el ideal narcisista, hizo que aquello que era ajeno y rechazado, al establecerse el Yo, se convirtió en lo más propio y con otros ropajes impone un dominio absoluto al sujeto. Da a entender que en la forma que hace sus cosas (cursos, análisis, trabajo, etc.) se repetía la situación en la que el ideal narcisista, ahora Yo, rechaza —reprime— la sexualidad. A veces se quejaba de ser anestésica sexual, necesitando del objeto sexual recibir el estímulo que debería originarse en lo más profundo de su ser.

El psicoanálisis injuriará a ese Yo que se supone único y que evita ser conmocionado por la sexualidad que rechaza porque le teme, desconociendo ese otro ser sexual que él también es. Injuriará a ese Yo que supone que en él está todo y que contiene toda la historia, sólo olvidó algunas cosas, e ignorando que antes de él constituirse, su cuerpo vivenció experiencias imborrables y también definitivas; creerá haber estado desde el nacimiento biológico e incluso puede hasta llegar a ensayar algunos "recuerdos" de aquella época. Este es el Yo que no tendrá nunca razón, el que "perderá" siempre y se dolerá y protestará. En estas condiciones, el desenlace que lo saque del estado represivo pasará por una especie de parricidio, ya que es la "muerte" del Yo identificado idealmente con un padre: esta muerte va seguida por la reconstrucción de un nuevo Yo, con muchos de los elementos anteriores, pero en cuya construcción actual estará incluida la sexualidad. En todo desarrollo adecuado este parricidio simbólico es un paso infaltable; sólo está ausente cuando hay un proceso represivo, ahí encontramos al hijo "sepultado".

Podemos tomar como ejemplo lo que sabemos del propio Freud; su autoanálisis fue relacionado con la muerte de su padre⁶ (p. 20) y éste no sólo le llevó a la elaboración de la sexualidad vinculada a su madre y sustitutos, sino también a la creación de una nueva teoría, una nueva perspectiva, su nueva forma de organizar sus percepciones, de comprender, una nueva "organización coherente"¹⁵ (p. 18) o lo que es lo mismo un nuevo Yo, una nueva identidad. Cuando escribe en 1925 su *Autobiografía*¹⁷, luego de relatar algunos datos iniciales personales, la historia de su vida se confunde con la del psicoanálisis, ya que relata la historia de este último. Y no me conforma la explicación de que era una forma de eludir el hecho de hablar de sí mismo. Nosotros cuando nos presentamos y decimos: "soy psicoanalista", identificados con Freud tomamos su identidad, es decir la "organización coherente" que él creó y tenemos su misma concepción de la psicología.

Arnheim¹ considera que percibir y pensar son actos que se encuentran indivisiblemente entremezclados. Podemos pensar que todas las teorías científicas, del mismo modo que otras concepciones del

mundo, como las que por ejemplo nos brindan los creadores a través de sus distintos tipos de manifestaciones (música, pintura, letras, etc.), están determinadas por la forma de percibir que tienen y a su vez esto depende de cómo se haya estructurado el Yo.

La necesidad de analizarse es equivalente a la de preguntarse quién se es en realidad; cuál es la identificación a través de la cual se adquirió la identidad, y cuál es el proyecto vital que ésta impone. Esto es lo mismo que investigar el propio complejo de Edipo y, tal como nos lo describe la tragedia de Sófocles, el drama se desencadena cuando Edipo se pregunta cuáles son sus "verdaderos padres"; que implica la pregunta por el origen del Yo y expresa de este modo también el deseo de estructurar un Yo distinto, que restablezca la unidad perdida y ponga así el sello de la individualidad al poder cambiar ese Yo que nació narcisistamente. Cuando la sexualidad hace surgir estos interrogantes ya se debe haber sentido que los "verdaderos padres" no son los actuales (reales y sexuales), eran otros, reyes o dioses con los que se convivió en un paradisíaco reino, sustentado por la identificación con un ideal, el mismo que había establecido el complejo de Edipo, lo que hace que un hijo lo sea en la medida en que inviste a un hombre como a su padre. Esta unión se disuelve con la sexualidad, la que altera la identidad establecida.

La esfinge pregunta al hombre: ¿Cuál es ese ser que se apoya al comienzo en sus padres, que luego encuentra sustento en sí mismo y que después se apoyará en su hijo? O lo que sería equivalente: ¿En quiénes me apoyé en los comienzos de mi ser? ¿Qué es lo que hay en mí de aquello que ahora me constituye organizándome y sosteniéndome? y ¿Qué es lo que quedará de aquello para que reflejado me lo devuelva mi hijo así me apoyo en él? Todas estas preguntas son inherentes al hombre, se presentan en la adolescencia y cada vez que en el transcurso de la vida el Yo pierde la identificación lograda.

Recordemos al doctor Fausto de Goethe, cuando al comienzo de la obra, en plena crisis dice: "¡Surge, por fin, descúbrete, aunque por ello pierda yo la vida!"²⁷ La crisis estaba determinada por el fracaso del modelo con el que estructuraba su vida y es la que movilizó ese impulso a cambiar, a modificar el Yo que no tolera la sexualidad. Fausto es capaz de hacer surgir otra identidad aunque destruya la que posee: "Aunque por ello pierda yo la vida" había dicho; se anima a construir otro Yo.

En los artículos técnicos de 1937 Freud pone el acento en los factores cuantitativos, es decir que el punto de vista predominante es el económico. Como prueba de esto citaré algunas de las muchas frases: "Instintos excesivamente intensos, es decir, recalcitrantes a ser domados por el Yo"²⁸ (p. 544); "Sin embargo, el psicoanálisis permite al Yo que ha alcanzado mayor madurez y fuerza emprender una revisión de esas antiguas represiones: unas pocas son destruidas, mientras

que otras son reconocidas, pero reconstruidas con material más sólido" (p. 550); "Adhesividad de la libido" (p. 562); "Inercia psíquica" (p. 563); etc. Encuentro una franca tendencia a una concepción univista, en la que el conflicto y el origen de la represión ha sido dejado de lado.

Muy distinta es la línea de *Moisés y el monoteísmo*²⁵. Allí en el primer párrafo dice: "Privar a un pueblo del hombre que se celebra como el más grande de sus hijos no es una empresa que se acomete de buen grado o con ligereza, tanto más cuando uno mismo forma parte de ese pueblo" (p. 181), y nos da a entender que éste es un trabajo que llevará a la pérdida de la idealización de un hombre que es, por esto, una figura paterna, lo que provocará una herida en todos aquellos que encontraron en esa figura al padre y así adquirieron una identidad. Herirá al Yo represor estructurado según el modelo religioso. En este artículo encontramos incluidos en su interpretación todos los elementos originales del psicoanálisis: el complejo de Edipo, la sexualidad y una explicación muy clara del proceso represivo. Es un trabajo con un resultado psicoanalítico positivo, que carece del pesimismo y las dudas de los artículos técnicos de esta época.

Decía al comienzo que este artículo es la culminación del autoanálisis de Freud; podemos decir que desde la precoz lectura de la Biblia, pasando por la poderosa impresión despertada por el Moisés de Miguel Angel cuando llegó a la tan ansiada Roma en 1901 y que motivó que en 1914 escribiese ese trabajo no psicoanalítico; el autoanálisis descubre en 1898 su identificación con personajes semitas; y esta identificación es analizada profundamente al final de su vida. La Biblia es el primer libro que lee y el último que analiza.

La historia. La verdad histórica. La amnesia infantil.

La construcción. La retroactividad

"En general el intelecto humano no ha mostrado tener una intuición muy fina para la verdad, ni la mente humana ha mostrado una particular tendencia a aceptarla. Más bien por el contrario, hemos comprobado siempre que nuestro intelecto yerra muy fácilmente, sin que lo sospechemos siquiera, y que nada es cierto con tanta facilidad como aquello que, sin consideración alguna por la verdad, viene al encuentro de nuestras ilusiones y de nuestros deseos. He aquí por qué debemos restringir nuestra admisión del argumento religioso. También nosotros creemos que éste contiene la verdad, pero no la verdad material, sino la histórica"²⁵ (p. 279). Podemos deducir de aquí que la verdad histórica se refiere a lo que la identificación con un personaje exaltado a la categoría divina (el padre), es decir al Yo heredero de

la identificación con el ideal narcisista, cuenta como su historia, en la que tan poco podemos confiar, dada su proclividad a la desfiguración. Recordemos también que este Yo se ha originado en una imagen virtual, ideal, ilusoria y que por lo tanto tenderá siempre a esa alteración de la percepción que denominamos ilusiones. La verdad de este Yo, será verdad para su visión e ilusión.

Sabemos ahora de quién es la historia, quién la cuenta y quién la olvida, sabiendo además que nada se olvida; ya conocemos a ese personaje, el de la neoadquisición, el que fue capaz de poner un paréntesis en el desarrollo sexual durante la latencia. Este Yo "olvidó" al niño sexual que era hasta que él se estableció. ¿Pero es esto un verdadero olvido? ¿Es algo que se tiene que recordar? ¿Es una verdadera amnesia? Congruente con las hipótesis que he planteado se puede afirmar que no lo es; ya que el Yo no olvidó nada por la sencilla razón de que no puede recordar lo que no vivió. En los primeros años de vida el Yo no estaba aún establecido, esa era la etapa de la sensualidad matriarcal, y si el Yo no estaba, ¿quién va a recordar la historia? El se constituyó después: "No está presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al Yo"⁹ (p. 74). Este concepto es diferente a la clásica amnesia infantil.

Tampoco se olvida porque está presente de otra forma, como una estructura con cualidad y cantidad sensual, es decir como lo inconsciente y surgirá de mil maneras, determinando junto al ideal narcisista, y con las vicisitudes que de ese juego se originen, la historia, el destino. Las múltiples variantes entre lo que permanentemente debe hacer para ser y lo que surge como una "fuerza no domeñada" por el Yo y que altera ese derrotero que él necesita que se cumpla para mantenerse, para ser, para recibir su autoestima, porque si no sentirá angustia, se sentirá morir o surgirá una acusación implacable.

"Me he olvidado de mi infancia", decía un paciente que no advertía que llevaba una escasa vida sexual y que no daba ni recibía un trato afectuoso con su familia; estaba totalmente ocupado en sus negocios para tener "todo el dinero que quiero". ¿Qué es lo que habría que hacer en este caso bastante típico?, ¿esperar a que recuerde o encontrar en el análisis cuál es la identificación que lo estructuró dejando ajeno a su Yo a la sexualidad? Bajo el engaño de que quiere todo el dinero para él, lo que hace es que todo él esté al servicio de lograr tener el dinero que él supone que el padre hubiese querido tener para no depender del tiránico abuelo, quien era el dueño de la empresa y la casa en la que vivían. Veía a su padre en la humillante situación de hijo castrado. También identificado con este abuelo maltrataba a su familia con lo mismo que él sufrió y sufre.

¿Debemos esperar que un paciente recuerde?, ¿que tenga una explicación de sus síntomas? ¿O que por haberse respondido a las preguntas de su esfinge, las de su propia constitución, tenga menos

repressiones, sea más libre y al no sufrir de más "reminiscencias" pueda dejar de repetir la misma dolorosa historia? De este modo logrará que se le abran nuevos e inesperados caminos, inesperados para el Yo nacistista que le impone siempre el mismo. A los nuevos caminos que será conducido por sus impulsos. Recordemos la cita que hace Freud al comienzo de *La interpretación de los sueños* de una carta de Schiller al amigo que se queja de falta de productividad: "El motivo de tus quejas reside, a mi juicio, en la coerción que tu razón ejerce sobre tus facultades imaginativas"⁵ (p. 124). Claro, para poder crear debía dejar de seguir reeditando todo bajo el mismo molde, para poder crear debía dejar de lado esa "organización coherente" y escuchar otro tipo de mensajes. Recordemos la tan repetida cita de Freud: "Lo mejor que alcanzas a saber no te es dado decírselo a los niños"⁵ (p. 160), la que podemos entender como: lo mejor que puedes saber debes aprenderlo de tu niñez; comprendiendo por niñez lo que Freud nos enseñó en *La interpretación de los sueños*, es decir al niño sexual, la sexualidad, incluida en el adulto. El niño debe surgir aunque "por ello el Yo pierda la vida". Entiendo que por estas razones la asociación libre es la regla fundamental del psicoanálisis.

La cultura, la religión, son elementos que también dan identidad y que por lo tanto se pueden llegar a estructurar de forma que coercionen impidiendo cumplir con el imperativo fáustico de: "Lo que has heredado de tus antepasados debes hacerlo tuyo". El Yo tiene que reconstruirse recuperando su prehistoria, consiguiendo unidad e individualidad.

"Doctor, le voy a contar las cosas tal cual ocurrieron, para que así usted pueda juzgar objetivamente"; los psicoanalistas conocemos muy bien a este común prolegómeno de discursos con características paranoides, y que generalmente tienen como objetivo demostrar contundentemente que otro, representante de la pareja, de la sexualidad, merece una condena, el desprecio, el odio, o la lástima.

El Yo que cuenta la "verdadera historia", al advertir que ni es la "verdadera" ni es "toda" la historia, sufre una herida narcisista, al aparecer la sexualidad: "Trono y altar están en peligro"⁴. Espero no haber dejado duda acerca de que el interrogante psicoanalítico lleva tanto a la pregunta sobre su pasado como a la del presente, sabiendo que: "Llegamos a sospechar que todos nuestros recuerdos infantiles conscientes nos muestran los primeros años de nuestra existencia, no como fueron, sino como nos parecieron al evocarlos luego, en épocas posteriores. Tales recuerdos no han emergido, como se dice habitualmente, en estas épocas, sino que han sido formados en ellas, interviniendo en esta formación y en la selección de los recuerdos toda una serie de motivos muy ajenos a un propósito de fidelidad histórica"⁴. La "fidelidad histórica" o sea "la verdad histórica" es una tarea imposible mediante el psicoanálisis y además no es su meta.

Toda actividad psicoanalítica conduce a presentar una construcción, a establecer una hipótesis acerca de como se pudo haber "construido" este sujeto en el pasado; como sabemos, es un proceso complejo realizado durante un período prolongado en el que se incluyen grupos de experiencia temporal y cualitativamente diferentes (las del matriarcado y las del patriarcado), que al ser explicatorias de la característica estructural del psiquismo y de su patología nos hacen abandonar la tranquilizadora idea de que esto ocurrió con alguien y en un solo momento. Freud descarta la actitud teórica y terapéutica de Rank de suponer todo originado en una "represión primaria"; el "trauma del nacimiento"²³.

Debemos recordar el final del artículo sobre Leonardo, donde Freud nos enseña cómo el azar y las múltiples experiencias (de la naturaleza) determinan las características psicológicas de un hombre. Hay "infinitos" sucesos más, que las claras razones que el Yo pretende darnos acerca de su origen. Cada sesión de análisis nos confirma esto.

También siguiendo las ideas, o por decirlo mejor la construcción que hice, podemos establecer una explicación psicoanalítica de la retroactividad (a posteriori). La principal referencia al tema en la obra de Freud dice: "A la edad de un año y medio recogió las impresiones que posteriormente, en la época del sueño, pudo comprender gracias a su desarrollo, a su excitación sexual y a su curiosidad sexual"¹⁴. Tal como lo hemos postulado, el grupo de experiencias erógenas de la época de la sensualidad matriarcal, es decir pertenecientes a lo pre-édipico, a lo prehistórico, a lo progenital, son comprendidas por el Yo recién cuando en su desarrollo, con su adquisición les atribuyó una figurabilidad y al integrarlas en su coherencia les otorgó la sensación de comprensión, y por supuesto que en este momento las sensaciones sexuales que se comprenden son las reactivadas por la sexualidad; siendo además muy posible que con la intervención, ya que ha sido adquirido el Yo, se haya establecido una estructura que hace que la sexualidad adquiera nuevas cualidades; tal como Freud lo deja traslucir a veces, como por ejemplo: del "placer de órgano" al "placer sexual"¹² (p. 295).

Cada nueva reorganización del Yo dará un nuevo significado, una nueva comprensión tanto del presente como del pasado. Los recuerdos son más continuos desde la adolescencia porque sabemos que en ella ocurre una importante modificación del Yo inicial, el que es reconstruido debido a la reaparición de la sexualidad. La estructuración del Yo que queda luego de esta etapa guiará al sujeto en los años posteriores, hasta que nuevas organizaciones acontezcan. La patología nos muestra a aquellos que no han podido modificar su Yo inicial infantil en el proceso adolescente, llevando una vida rutinaria, fatídicamente predeterminada y regida por procesos represivos.

“Su trabajo de construcción o, si se prefiere, de reconstrucción se parece mucho a una excavación arqueológica de una casa o de un antiguo edificio que han sido destruidos y enterrados”²⁴ (p. 574). Entiendo que esta metáfora nos quiere decir que hay que construir o reconstruir la erogeneidad corporal (casa o edificio) del niño sexual que fue destruido y “sepultado”, bajo la tierra en esta imagen, en otras bajo el mar; cuando en esa “nueva época” el Yo se erigió y tomó el dominio absoluto estableciéndose como: “Su majestad el Yo”⁷.

¿Construir? ¿Reconstruir?: “Todo lo esencial está conservado”²⁴ (p. 575) pero reprimido por alguien (alguna identificación) y por varias razones, debemos aclarar. Construir alguien distinto. Reconstruir al niño destruido y enterrado. Interpretar o dar un significado, es decir para que el Yo adquiriera una significación distinta y así desentierre la sexualidad, lo que le posibilitará el comienzo de una historia inédita. Entonces podemos llamar a la labor psicoanalítica construcción, reconstrucción o interpretación, pues así todo tiende a la misma finalidad, recordando lo importante que es tener presente que hacer una labor psicoanalítica es fundamentalmente hacer un análisis y este concepto implica: la disolución de un conjunto en sus partes. Advertir que el individuo, único, pero no indivisible, ya que está compuesto por dos sistemas cualitativamente distintos aunque en la apariencia sea regido por uno solo. Y estos sistemas están integrados por los tres personajes del complejo de Edipo: el padre, es decir el ideal narcisista, con el que se forjará el Yo y la identidad primera en el período del patriarcado; y la sexualidad que incluye la presencia de la madre en la erogeneidad dejada por ella en las experiencias con el cuerpo del hijo, aconteciendo esto durante un matriarcado.

“Todo lo esencial está conservado”²⁴ (p. 575), y es necesario conservar lo esencial, advertir los múltiples componentes (análisis) de esa aparente unidad que oculta la compleja composición edípica.

Febrero de 1980.

Resumen

El autor se propone la revisión de la labor psicoanalítica desde dos líneas de pensamiento destacadas en los últimos trabajos de Freud.

Al ser meta de la labor psicoanalítica el levantar las represiones, se considera necesario explicitar este concepto estableciéndose una hipótesis. Esta consiste en una construcción del desarrollo del aparato psíquico, el que se estructuraría en dos períodos: uno de ellos, el matriarcal (preedípico, prehistórico, o pregenital), correspondiente a la etapa de las experiencias sensoriales de la madre con el hijo. Las vivencias de esta época quedan como estructuras sensoriales que se expresan como cantidad de placer (pulsión de vida) o de dolor (pulsión de muerte), son infigurables. El período

siguiente es el patriarcal, la nueva etapa determinada por la adquisición del Yo. Este se originó con la identificación de las imágenes virtuales del ideal narcisista, encontrado o referido al padre; con esto se determina el final del complejo de Edipo y la entrada en la latencia. Con el Yo se adquirió la estructura que organiza y observa, es decir también la consciencia. Por tener cualidades distintas de la estructura sensual previa tendrá con ella una aparente barrera ya que sus relaciones son indirectas y a pesar de sustentarse en ella la considerará externa a él. Tenemos así el Yo-coherente y lo reprimido tantas veces descrito por Freud. Se destaca que es reprimido cuando esta estructuración se hace en forma patológica y el Yo rechaza los contenidos sexuales. De otro modo en la normalidad podríamos establecer un Yo coherente y lo inconscientizado.

El Yo represor es quien durante la labor psicoanalítica sufre inevitablemente una herida narcisista.

Se esboza un paralelismo entre lo que ocurre en la adolescencia, cuando la sexualidad lleva a la pérdida del primer Yo y a la reconstrucción de otro en el que esté integrada la sexualidad y se establezca un sello de individualidad.

De las dos líneas destacadas en las últimas producciones de Freud, los artículos técnicos, una de ellas es expresión predominante de la visión económica, con lo que se está resaltando la importancia de las experiencias del período del matriarcado, debido a que éstas corresponden a estructuras sensuales carentes de figurabilidad. La otra línea, cuya manifestación coetánea de la anterior está en *Moisés y el monoteísmo*, fase final del autoanálisis de Freud y visión que acentúa los factores dinámicos y el descubrimiento del conflicto, es la que destaca los procesos relacionados con la etapa del patriarcado, es decir la relación con el padre y la adquisición del Yo. Por esto tenemos aquí: narcisismo y complejo de Edipo.

El Yo, neoadquisición del desarrollo en una estructura que ya posee experiencias previas, es el que con su coherencia integra en su registro experiencias presentes y pasadas y relata así su historia. Con este enfoque se analizan: la historia, la amnesia infantil, los recuerdos, la retroactividad, el "placer de órgano" y el "placer sexual".

Siendo partes componentes del individuo las de la estructura edípica: el padre "heredado" como el Yo a través del ideal y la madre con la estructura erógena que queda establecida en el hijo después de la relación entre ambos y esto luego expresado como la sexualidad que el Yo reprimirá. Analizar lleva entonces a la construcción de un sujeto distinto, a la reconstrucción de la "infancia sexual" que el Yo reprime a través de la interpretación que da un significado al Yo de lo reprimido que se manifiesta como lo extraño y doloroso. La labor psicoanalítica es entendida entonces como una labor de análisis con lo que este último concepto implica: disolución de un conjunto en sus partes.

Toda labor psicoanalítica, análisis, conduce a una construcción debido a que tratará siempre de hacer una hipótesis, alejada del intento de establecer la verdad material, que intente comprender cómo se hizo la estructuración del sujeto y que se atribuye por ser una resultante, de alguna experiencia calificada como primera.

Summary

PSYCHOANALYTIC TASK? TO INTERPRET? TO CONSTRUCT? TO RECONSTRUCT? OR THE TASK OF ANALYSIS?

The author sets out to revise the psychoanalytic task on the basis of two lines of thought which are outstanding in Freud's later works.

Since one objective of the psychoanalytic task is to remove repressions, the author finds it useful to clarify the concept by formulating a hypothesis: a construction of

the development of the psychic apparatus, which would comprise two stages. The first of them might be called matriarchal (pre-oedipal, pre-historic or pre-genital), corresponding to the stage of the sensuous experiences in the mother-child relationship. These experiences remain as sensuous structures which express themselves as amounts of pleasure (life instinct) or of pain (death instinct). They are not susceptible of representation.

The second is the patrimonial stage, characterized by the acquisition of the ego. The ego originated in the identification of the virtual images of the narcissistic ideal, found in the father or referred to him. This marks the resolution of the Oedipus complex and the beginning of the latency period. The acquisition of the ego implies that of a structure capable of organizing and observing, that is, consciousness. Since its qualities are different from those of the previous sensuous structure, it will thus acquire an apparent barrier, as its relationships are indirect and, though based on it, the authors consider it alien to the ego. This is the coherent-ego and the repressed, so often described by Freud. The author states that the ego is repressed when this structuralization is pathologically carried out and the ego rejects sexual contents; otherwise, in normality a coherent ego and what has been made unconscious could be established.

In the course of the psychoanalytic process, it is the repressing ego which inevitably is inflicted a narcissistic wound. The authors describe what happens during adolescence, when sexuality brings about the loss of the first ego and the reconstruction of another one in which sexuality is integrated and which bears the stamp of individuality.

Of the two lines of thought prevailing in Freud's later works, one expresses predominantly the economic point of view and stresses the importance of experiences during the matriarchal period due to the fact that they correspond to sensuous structures without representability. The second line of thought, whose simultaneous expression is to be found in "Moses and the Monotheist Religion" —final phase in Freud's self-analysis in which the dynamic factors and the discovery of conflict are outstanding— lays the stress on the processes associated with the patriarchal stage, that is, the relationship with the father and the acquisition of the ego; thus, it includes narcissism and the Oedipus complex. The ego, a new developmental acquisition by a structure that has already had experiences, provides the coherence necessary to integrate in its register present and past experiences and thus narrates its history. This approach is used to discuss the history, the infantile amnesia, memories, retroactivity, "organ pleasure" and "sexual pleasure". Since the constituents of the oedipal structure are an integral part of the individual (the father "inherited" as the ego through the ideal and the mother with the erogenous structure which becomes established in the child after the relationship between them and then expressed as the sexuality the ego will repress), to analyze leads to the construction of a different subject, to the reconstruction of the "sexual infancy" repressed by the ego, through the interpretation which endows with meaning the ego of the repressed that manifests itself as painful and strange. Thus, the analytic task is regarded as an analysis in the sense of breaking down a whole into its constituent parts.

All psychoanalytic work, that is, analysis, leads to a construction because it will always try to formulate a hypothesis, whose aim is never the discovery of actual truth—a construction designed to understand how the subject's structuring took place and resulting from an experienced regarded as the earliest one.

Résumé

TRAVAIL PSYCHANALYTIQUE: INTERPRETER?
CONSTRUIRE? OU TRAVAIL D'ANALYSE?

L'auteur essaie de revenir sur le problème du travail psychanalytique en s'appuyant sur deux lignes directrices de la pensée freudienne dégagées de ses derniers travaux.

Si le but du travail psychanalytique c'est de lever les refoulements, on a besoin d'explicitier le concept de travail psychanalytique. On pose une hypothèse: l'appareil psychique se construirait en deux périodes: la première, matriarcale (pré-oedipienne, préhistorique ou prégénitale) correspondant à l'étape des expériences sensuelles de la mère avec son fils. Les expériences de cette époque-la restent comme structures sensuelles s'exprimant comme quantité de plaisir (pulsion de vie) ou de douleur (pulsion de mort) et ne pouvant pas être figurées. La période suivante, patriarcale, est déterminée par l'acquisition du Moi, qui avait été engendré par l'identification des images virtuelles de l'idéal narcissique renvoyé au Père. Tout cela marque le déclin du complexe d'Oedipe et l'entrée dans la période de latence. Or, avec le Moi on acquiert aussi la structure qui organise et observe, c'est à dire, la conscience. Cette conscience a des qualités différentes à celles de la structure sensuelle préalable, c'est pour cela que elle aura des rapports indirects avec cell-ci et bien qu'elle doive s'y appuyer, va la considérer comme extérieure. Il s'agit du moi-cohérent et du refoulé plusieurs fois décrit par Freud. On remarque que le Moi est refoulé quand la structuration se fait de manière pathologique et le Moi rejette les contenus sexuels, autrement on pourrait établir un moi cohérent et ce qui devient inconscient dans la normalité.

C'est le Moi refoulant qui, pendant le travail psychanalytique, subit forcément une blessure narcissique.

On décrit ce qui arrive dans l'adolescence, quand la sexualité mène à la perte du premier moi et à la reconstruction d'un autre où la sexualité est intégrée, permettant l'établissement d'une marque individuelle.

Alors, on reprend les deux lignes directrices détachées dans les derniers travaux de Freud: la première est l'expression prédominante de la visée économique où l'on remarque l'importance des expériences de la période matriarcale, tant que celles-ci correspondent aux structures sensuelles privées de figurabilité. La seconde, dont la manifestation contemporaine à l'antérieure apparaît en "Moïse et le monothéisme", phase finale de l'auto-analyse de Freud et dont la visée met l'accent sur les éléments dynamiques et la découverte du conflit, est celle qui dégage les processus en rapport avec l'étape du patriarcat, c'est à dire, le rapport avec le père et l'acquisition du Moi. Donc, nous avons ici narcissisme et complexe d'Oedipe. Le Moi, cette nouvelle acquisition du développement en forme de structure ayant d'expériences préalables, c'est qui, grâce à sa cohérence, peut intégrer dans son instance les expériences présentes et passées et raconter son histoire. Depuis ce point de vue on analyse: l'histoire, l'amnésie infantile, les souvenirs, la rétroactivité, le "plaisir d'organe" et le "plaisir sexuel".

Etant donné que les composantes de la structure oedipienne sont parties intégrantes du sujet (le père qu'on a hérité comme moi à travers l'idéal et la mère avec son structure érogène établie durant la relation avec son fils, s'expriment comme la sexualité que le moi devra refouler), le travail d'analyser mène alors à la construction d'un sujet divers, à la reconstruction de l'"enfance sexuelle" refoulée par le Moi grâce à l'interprétation qui donne un signifié au Moi du refoulé, se manifestant comme

quelque chose d'étrange et douloureuse. Donc, le travail psychanalytique est conçu comme un travail d'analyse dans le but de dissoudre un ensemble en ses parties.

Tout travail psychanalytique —l'analyse— mène à une construction, parce qu'il va essayer toujours de poser une hypothèse, bien loin de la tentative d'établir la vérité matérielle. Cette construction tâchera de comprendre le processus de structuration du sujet comme produit d'une expérience qu'on dira être la première.

Bibliografía

1. Arnheim, R., *El pensamiento visual*. Eudeba, Buenos Aires, 1976.
2. Freud, S. (1887/1902), "Los orígenes del psicoanálisis". B.N. (Biblioteca Nueva) III.
3. — (1895), "Proyecto de una psicología para neurólogos". B.N. III-909/911.
4. — (1899), "Los recuerdos encubridores". B.N. I-166.
5. — (1900), "La interpretación de los sueños". A.E. (Amorrortu) IV y V.
6. — (1904), "El método psicoanalítico de Freud". A.E. VII-24.
7. — (1907), "El poeta y la fantasía". A.E. IX-132.
8. — (1908), "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad". A.E. IX-142.
9. — (1914a), "Introducción del narcisismo". A.E. XIV.
10. — (1914b), "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico". A.E. XIV-15.
11. — (1914c), "Recuerdo, repetición y elaboración". S.E. (Standard Edition) XII.
12. — (1916/17), "Conferencias de introducción al psicoanálisis". A.E. XVI.
13. — (1917), "Una dificultad en psicoanálisis".
14. — (1918), "Historia de una neurosis infantil". A.E. XVII-37.
15. — (1923), "El yo y el ello". A.E. XIX.
16. — (1924), "El sepultamiento del complejo de Edipo". A.E. XIX-181.
17. — (1925a), "Autobiografía". A.E. XX-7/70.
18. — (1925b), "Las resistencias contra el psicoanálisis". B.N. III.
19. — (1925c), "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos". A.E. XIX.
20. — (1926), "Inhibición, síntoma y angustia". A.E. XX.
21. — (1927), "El fetichismo". A.E. XXI-148.
22. — (1931), "Sobre la sexualidad femenina". A.E. XXI-238.
23. — (1937a), "Análisis terminable e interminable". B.N. III.
24. — (1937b), "Construcciones en psicoanálisis". B.N. III.
25. — (1938a), "Moisés y el monoteísmo". B.N. III.
26. — (1938b), "Compendio de psicoanálisis". B.N. III.
27. Goethe, W., *Fausto*. Sudamericana, Buenos Aires, 1970.